

## NIÑOS DE LA BIBLIA.



EL PROFETA ACHAC ROMPE SU TÚNICA EN PRESENCIA DE JEROBOAM.

XXIII.

### ROBOAM.

En los postreros días del reinado de Salomón, y cuando por la opulencia de este monarca, por la prosperidad de sus empresas, y por la tranquilidad de todo el reino, nadie pudiera sospechar la infausta división que á este le estaba reservada, aconteció un suceso que, alarmando hasta á los mas incautos y descuidados, fué el presa-

Noviembre de 1848.

gio de los males que en breve iban á sobrevenir.

Hallábase tranquilo y desprevenido en su campo el Efrateo Jeroboam, cuando se presentó en él de improviso el profeta Achac, y cogiendo la túnica que llevaba, la rasgó en doce pedazos que esparció por el suelo. Iba Jeroboam á preguntar el motivo de tan simbólica como estraña ceremonia, cuando el profeta exclamó en tono de inspiración.

—Toma para tí diez pedazos. Hé aquí lo que dice el Señor: voy á dividir el reino de Salomón, y diez tribus serán para tí, y dos le quedarán á él y á su descendencia á causa de mi servi-

—TOMO II. 21



dor David, y de Jerusalem que es la ciudad que he elegido para mi morada y para que se me adore.

—Y yo he de poseer y gobernar esas diez tribus! exclamó sorprendido Jeroboam.

—Tú quedarás establecido y confirmado por rey de ellas, si respetas y obedeces los mandatos de aquel que ha resuelto el castigo de Salomon y la division de su reino.

Era entonces Jeroboam un hombre estimado de Salomon, que le habia puesto por intendente de las tribus de Manasés y Efraim; pero desde la prediccion del profeta, todo el favor del monarca se convirtió en odio, y cual si quisiese ó estuviese en su mano estorbar los decretos del cielo, comenzó á perseguir á Jeroboam, que temeroso hubo de salir del reino y refugiarse en los dominios de Sesac, rey de Egipto.

Llegó al fin la muerte de Salomon y con ella el inevitable cumplimiento de las predicciones tan temidas. Dios parece que habia resuelto castigar hasta en la descendencia de aquel monarca la ingratitud con que habia correspondido á las singulares gracias que le habia concedido en los primeros años de su vida, prevaricando en los últimos dias de ella. Roboam, hijo y sucesor de Salomon, fué sin tardanza reconocido y aclamado por el pueblo; pero en la misma ciudad de Sichein donde habia tenido lugar esta ceremonia, ya se le presentó Jeroboam con algunos principales del pueblo, pidiendo á nombre de este, no solo que evitase la imposicion de nuevos tributos, sino exigiendo la anulacion de los que estaban acostumbrados á pagar.

Era Roboam un principe de bello aspecto, de talento nada vulgar y de francos modales: parecia, en fin, destinado á figurar como correspondia al hijo y sucesor de Salomon; pero menospreciando el útil y seguro consejo de ancianos experimentados y dejándose llevar de la arrogancia propia de la juventud, siguiendo el parecer de otros jóvenes como él, respondió con dureza á los que humildes le suplicaban: que no pensasen obtener de él gracia ninguna, y que lejos de dismi-

nuir los impuestos, pensaba anmentarlos mas que en tiempo de su padre Salomon.

Tan imprudente respuesta exasperó mas los ánimos de los descontentos, de los ambiciosos que solo buscaban un pretexto, y en general de todos los que llegaron á persuadirse de que aquel rey no seria el padre y el defensor de su pueblo. El resultado fué que se apartaron inmediatamente de su obediencia diez tribus de las del pueblo de Israel y nombraron por rey á Jeroboam, quedando únicamente al hijo de Salomon las de Judá y Benjamin. De este modo se cumplió la prediccion del profeta y empezó el castigo decretado contra la casa de Salomon, abandonando Dios en manos de su propio consejo al incauto Roboam, para que obcecado concitase la cólera del pueblo. Si á todos los jóvenes les está bien escuchar y obedecer los consejos de prudentes y experimentados ancianos, mas lo necesita aquel que además de ser joven es monarca, y necesita por tanto penetrarse de las obligaciones que se contraen con los pueblos. ¿Qué soberano joven puede lisonjearse de poseer aquel vasto espíritu, madurado por la reflexion y el estudio, para abarcar toda la estension de sus deberes?

Ni fué tan solo la funesta escision de las tribus, el único daño que sobrevino al pueblo de Israel. Jeroboam, como todos los reyes que son malos, abusó de su soberanía y aplicó á favor suyo todas las máximas de gobierno. Temiendo que alguna de sus diez tribus se rebelase y apartase de su obediencia, á causa de frecuentar la ciudad de Jerusalem, que estaba bajo el dominio de Roboam; ciudad á la que era forzoso acudir para rendir el culto al verdadero Dios, segun la antigua y solemne costumbre de Israel, introdujo la idolatria en el pueblo, estableciendo en Bethel y en Dan templos en que los israelitas reincidiesen en el sacrilego culto de los becerros de oro. Roboam aunque por algun tiempo siguió fiel al Dios de sus padres, al fin incurrió en la idolatria, y sin que las desgracias que habia experimentado y



sufria le sirviesen de escarmiento, se abandonó con todos los suyos á todo género de abominaciones y torpezas. Despertáronle de sus sueños y desvarios los lamentos de sus vasallos, los estragos y calamidades que en su reino produjo la repentina invasion del ejército de Sesac, rey de Egipto, enemigo poderoso, que Dios vengador habia suscitado contra él. El numeroso ejército enemigo, apoderándose con asombrosa presteza de todas las ciudades de Judá, vino á poner cerco á Jerusalén. Entonces fué cuando Roboam se acordó de Dios y quiso implorar su auxilio por medio del profeta Semey. Clamó el profeta con voz aterradora ante el rey y sus cortesanos, conociendo que el temor, mas que un verdadero arrepentimiento, les obligaba á recurrir á él y diciéndoles por último:

—Puesto que vosotros habeis dejado y abandonado al Dios de Israel, tam-

bien él os ha desamparado y os deja en poder de los egipcios.

Prosternáronse entonces príncipes y señores á los pies del profeta, pidiendo misericordia y reconociendo su culpa, con lo que el santo varon inspirado por Dios les dijo:

—Por haberos humillado, y puesto que reconocéis vuestra culpa, el Señor no os aniquilará; pero hará que sirvais y pagueis tributo á Sesac, para que por vuestra desgracia conozcais lo que va de servir y estar sujetos á un señor de la tierra, á obedecer y ser fieles al Señor de los cielos que colmó de bendiciones y gracias á vuestros padres.

Sesac entró en Jerusalén, se apoderó del templo y de los palacios, saqueó cuantas riquezas poseían, y se volvió á Egipto con abundantísimos despojos, dejando á los israelitas visiblemente castigados por Dios por haber despreciado sus gracias y su palabra.

F. F. VILLABRILLE.

## HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.

### VI.

#### AMALARICO.

Es fama que mientras vivió Teodorico, la España fué regida por él, á nombre de su nieto, pues nada se hacia sin que interviniese la influencia de este soberano, siempre ansioso de acrecentar sus dominios; pero á su muerte comenzó Amalarico á gobernar el reino de los visogodos con entera libertad.

La primera disposicion del jóven monarca, fué la de sentar paces con Francia, y para mejor asegurar esta oportuna alianza, penso en establecer un vínculo que diese mayor cimiento á este concierto de paz tan oportuna-

mente concebido. Pidió á los reyes de Francia le diesen por esposa á Clotilde, hermana de estos soberanos é hija del difunto Clodoveo, cuya peticion fué inmediatamente otorgada, previo el consentimiento de la pretendida, que creyó ver en este enlace, mas que las desgracias que le ocasionaron, un porvenir lleno de ventura. No hay duda que este casamiento formaba un nudo firme, que enlazaba las voluntades y aseguraba la paz de las dos potencias enemigas.

No obstante, los reyes de Francia y el de los visogodos largo tiempo se estuvieron dirigiendo mútuas embajadas que tenían por objeto establecer de un modo conveniente las bases y condiciones del futuro casamiento: por una de estas embajadas supo Amalarico que su prometida traía en dote e-



estado de Tolosa, que equivalia restituirle á los godos, á los cuales antes habia pertenecido; pero tambien, algo despues, recibió un escrito referente á estas negociaciones, el que con corta diferencia se hallaba concebido en estos términos:

«Nos Childeberto, rey de Paris, Clotario, rey de Soissons y Tierri, rey de Metz, soberanos católicos, hijos del magnánimo Clodoveo y hermanos de la princesa Clotilde, aceptamos gustosos la union propuesta y solicitada por Amalarico, rey de los visogodos; pero habiendonos tenido muy en cuenta la diferencia que existe entre la religion católica que profesamos y la secta de Arrio á que se halla adherido el soberano pretensor, hemos resuelto (y queremos que se cumpla), que á la princesa Clotilde no se la obligue á seguir otra religion, ni otros dogmas, que los heredados de sus padres, ni se la violente por ningun titulo, á seguir otra senda, de la misma manera que dicha princesa, ofrece no molestar á su prometido respecto á la secta que gustosamente se ha propuesto seguir, con cuya independencian se hara esta union llevadera y feliz. Si el rey de los visogodos faltare á esta promesa, la princesa Clotilde, exige desde ahora el derecho de volver á Francia y al seno de su familia, y declarar por nulo el matrimonio.»

Existian en Amalarico evidentes deseos de enlazarse á esta princesa, que aun cuando no se los inspiraba el amor, le impulsaban á dar este paso la paz y tranquila posesion de sus estados, pues creia encontrar en los reyes de Francia un temible baluarte que le protegiese de cualquier tentativa de muchas de las naciones contrarias que miraban su dominacion con celosa envidia. Aceptó, pues, desde luego las condiciones que le proponian para contraer el referido enlace, y una vez concertado y concluido lo demas que faltaba, se hicieron las ceremonias de costumbre en aquellos tiempos á estas solemnidades, y la princesa Clotilde entró en España seguida de un séquito numeroso y llena de esplendor, y entre las entusiastas aclamacio-

nes de un pueblo que la recibió con obsequiosos ademanes, y durante muchos dias, la mostró su estremado regocijo por medio de singulares y bulliciosos festejos. Semejantes preludios no hicieron mas que confirmar la venidera ventura que Clotilde habia concebido al unirse á este rey; pero bien pronto, por desgracia, se desvanecieron sus vaticinios, y conoció, aunque tarde, que jamás el corazon debe li-songearse de alcanzar una completa felicidad, si esta felicidad tan solo se cimenta en los comienzos de un estado próspero y alucinador.

¡Qué pronto se sintieron los efectos que suelen producir la desavenencia entre los cónyuges!... Clotilde, ademas de ser hermosa, reunia otras dotes no menos recomendables á los ojos de toda persona amante de la virtud. Educada bajo los auspicios de su madre, habia heredado de esta, no solo el nombre, sino la piedad y una estremada mansedumbre, sin que nada en el mundo pudiese separarla de aquel invencible amor que profesaba á la religion católica, y este fué precisamente el delito que prestó origen á las muchas desventuras que esperimentó, bajo el despótico imperio de un marido de genio feroz y violento, y adicto mas por capricho que por conviccion á la secta arriana.

Sin embargo, aquellos dias que próximamente se siguieron al casamiento, Amalarico no desmintió con sus acciones los sentimientos de la recien casada; pero trascurrido algun tiempo mas, vino con la tibieza el gesto torcido y un tanto airado del rey, quien olvidando su promesa habia resuelto hacer arriana á su esposa. La reina habia seguido inalterable su primera conducta, tratando á su marido y señor, con el mismo respeto, con el mismo cariño, con la misma amabilidad; mas por una estraña coincidencia, consultando secretamente consigo misma, habia tambien venido en el intento de hacer católico á su marido; solo que el rey meditaba llevar á cabo su objeto, empleando la violencia, los denuestos y la sultura en la lengua, y la reina la blandura, aquella tierna insi-



nuacion que seduce y calma la dureza de los corazones altivos y obstinados.

Cierta mañana en que Clotilde halló al rey regocijado por una misiva importante que recibió, muy favorable á los intereses de su reino, creyó que nunca se le presentaría mejor ocasion para inspirar en el ánimo de su esposo el afecto hácia la religion católica. Llamóle con ternura á su aposento, conferenció con él en tono de amistad y mansedumbre, y despues de los infinitos argumentos que le presentó probándole y haciéndole ver lo sublime de su santa religion, sacó de su seno un pequeño crucifijo de oro y añadió:

—¿No te mueve, amadísimo esposo mio, la heróica y pacientísima resignacion del Crucificado?... ¿No le ves con cuanto amor entrega su preciosa vida en manos de esa turba impia que le maltrata y martiriza? Oye la sublime voz de sus celestiales preceptos..... Acude á él con tu corazon arrepentido, conságrale tus afecciones; abandona los perniciosos egemplos de Arrio y cuenta que te salvarás.

Amalarico estuvo escuchando á Clotilde con aparente calma: miró desdeñosamente el crucifijo, y con rostro severo y voz pausada, dijo á su esposa.

—¿Para esto me llamastes, reina?

—Sí, mi señor y rey.

—Pues bien, Clotilde, volved á ocular en vuestro seno esa insignia del catolicismo, y nunca me llameis para hacerme adoptar dogmas que desprecio y estoy enteramente resuelto á no profesar.

—¿Con tal acento de afirmacion me decis esas palabras? preguntó Clotilde admirada.

—Con tal acento de afirmacion, sí, reina; y no extrañeis lo que aun me resta que añadir.

—Continuad, Amalarico, respondió Clotilde.

—No solo, prosiguió el altivo monarca, no acepto el mentido bien que me proponéis, sino que estoy resuelto á obligaros á abandonar vuestra religion para que abrazeis la mia.

—Jamás lo conseguireis! respondió

al instante Clotilde levantándose de su asiento con magestad, y dando á su fisonomia un aspecto imperioso que hasta entonces no habia demostrado.

—Nunca os vi tan altiva, reina, dijo Amalarico sonriendo falsamente. Me doy el parabien de haberos conocido á tiempo....

—Habeis herido la cuerda que vibra mas fuerte en lo interior de mi alma; sí, sabedlo; aunque me diérais la muerte, no abjuraria á mis creencias: soy demasiado fuerte para resistir.

Amalarico no respondió; levantóse del sillón, y dejó el aposento de su esposa sin saludarla.

Este altivo soberano no pudo en adelante llevar en paciencia, que la reina disintiese de su fé, y Clotilde en nadie reconocia autoridad sobre el fuero de su conciencia; así que, Amalarico comenzó á odiar á una muger con quien nada valian las amenazas, y la esposa por su parte miraba con lástima la obstinacion de su marido, y sufría con resignacion el mal trato que la daba.

En otra ocasion, pasando el rey con algunos de sus servidores por un patio del palacio, en cuya estremidad se hallaba situada la modesta capilla donde Clotilde dirigia al Altísimo sus fervientes oraciones, notó que la reina estaba dentro rezando. Paróse en frente de la puerta, miró en silencio, pero con rostro enfurecido, aquel sagrado recinto; despues con paso precipitado penetró en la capilla, y profanandola con denuestos é irreverencias, mandó á la reina que inmediatamente saliera: esta se resistia; pero el colérico rey asióla con violencia por un brazo, y casi arrastrando la sacó de allí con grave escándalo de los servidores y nobles que presentes estaban. La reina se encaminó llorosa y avergonzada á su aposento, y el rey mandó á los soldados que le seguian, que sacasen de la capilla cuantas imágenes hubiera, y ademas dispuso que la puerta fuese de un todo condenada.

Semejante tratamiento era ya demasiado bochornoso, y mas cuando se dirigia á una princesa que por ningun título lo merecia. Sin embargo, lloró la



desgracia, y se contentó con pedir á Dios, que su esposo conociese algun día sus errores.

Clotilde que se vió privada de aquel santo asilo, que ella misma mandó construir, y que á todo se hallaba dispuesta menos á renunciar al culto que

se debe á la Omnipotencia divina, salía de palacio con diferentes pretextos, y entraba en los templos católicos para orar. Súpolo el rey, (que nunca faltan en los palacios lenguas malvadas y delatorias), y lleno de indignacion, un día que Clotilde salió de su real resi-



dencia con este fin, llamó á uno de sus parciales, y dándole muchas monedas de plata le dijo:

—Toma, distribuye estas monedas entre la plebe para que cuando la reina salga del templo, la insulten y llenen de afrentosos vituperios.

Con efecto, el pueblo que no desconocía las desavenencias de los ilustres consortes, pues nada es mas público que el interior doméstico de los principes, alentado ademas con el cebo del soborno, verificó sin mucho esfuerzo cuanto Amalarico deseaba, y desde el templo hasta el palacio fué la humilísima princesa seguida de una numerosa turba de gente baja y soez que la

decía mil improperios, y si hemos de dar crédito á Mariana, hasta llegaron á tirarle cosas sucias.

¡Proceder inusitado y del que no se encuentran muchos egemplos en los anales de nuestra historia! Clotilde llegó al palacio llena de afeccion y congoja, y con voz temblona y agitada por la vergüenza y el dolor, se arrojó á los pies del soberano y exclamó:

—¡Príncipe de los visogodos! ¡Mirareis con los ojos de la indiferencia el gran desacato cometido en la persona de la reina? Presentes están mis servidoras; ellas mejor que nadie pueden deciros como ha sido tratada por el pueblo la hija del grande Clodoveo.



Reparad este ultrage, señor, si en algo estimais el lustre de vuestra corona.

Amalarico sonrió, y luego con el acento del desprecio dijo:

—Ese pueblo que acaba de ultrajaros, se hace digno de mi reconocimiento, pues no solo tolero su conducta, sino que la apruebo, y estoy determinado a estimularle para que cometa con vos mayores excesos todavía.

—¡Príncipe injusto y cruel! exclamó Clotilde, ¿y os titulais el soberano de los visogodos? ¿No os avergonzáis de llevar un nombre que no merecéis?

Amalarico, entonces, que tan altivamente se vió reconvenido, la cogió violentamente por la cintura, lanzóla lejos de sí, y la reina quedó en el suelo, donde cayó sin sentido y herida, hasta que sus servidoras la recogieron y la llevaron a su aposento. Fué tan copiosa la sangre que derramó de la herida que recibió en la cabeza, que empapó con ella tres pañuelos.

Algo repuesta Clotilde, dispuso que la dejasen sola un breve instante; obedecieron las personas que la rodeaban, y esta pobre víctima de la tiranía, después de un corto momento de meditación, escribió a su hermano Childeberto la siguiente carta:

«Escucha, hermano mío, la queja fundada de la desgraciada Clotilde, y pon cuanto antes reparacion a sus grandes desventuras. Paso noches amargas y crueles días; mis ojos son un manantial inagotable de lágrimas: largo ha sido mi silencio, y mucho el disimulo a tantas injurias, esperando que la muerte pusiera fin a tantos trabajos, ó que mi marido mudase de condicion y se trocara en hombre benéfico y justo. Pero ¡ay! todo sucede al revés, pues con las injurias vienen en pos el mal tratamiento y hasta los golpes: mis regalos y caricias son recompensados con excesiva crueldad: el ánimo sumiso y bondadoso, con el que las mismas bestias se amansan, a mi marido le convierte en fiera.... ¿Y cuál es mi delito para tanto daño?... Mi constante perseverancia, mi firmeza en la religion de mis mayores, y que mi madre dul-

císima me enseñó! Sácame de este yugo tiránico, pues Amalarico no es hombre, sino una bestia feroz en forma humana. Si mis palabras no son creídas, juntos van esos tres pañuelos teñidos en la sangre de tu hermana; si el deudo no te mueve, despiértate al respeto de la humanidad, pues nunca se subliman tanto los reyes como cuando acometen la noble empresa de amparar al que sufre injustamente, en lo cual se asemejan a Dios.... Soy mujer, y nacida de sangre real, y desde mis primeros años educada para mejor destino.»

Esta carta fué enviada a Francia por medio de un oculto confidente. Childeberto convocó a sus hermanos, leyó el escrito en su presencia, y presentó a su vista el ensangrentado despojo diciendo:

—Esta sangre que mirais, es la misma que corre por nuestras venas, la del grande Clodoveo, cuya memoria y lustre está empañando el injusto y tirano rey de los visogodos.

Dióse por entendida la ternura, la cólera y el furor con la lectura de la carta y con la vista de aquel testigo empapado en sangre, y los tres hermanos hicieron juramento solemne de vengar terriblemente al ofensor y opressor de su inocente hermana.

Armáronse los tres reyes, y seguidos de un numeroso ejército, pasaron los Pirineos con visibles intentos de reparar con usura el ultrage de Amalarico. Cuando este supo los temibles proyectos de sus cuñados, se apresuró a recibirlos tambien en son de guerra. Los dos ejércitos se avisaron en las inmediaciones de Barcelona. Una vez travada la refriega, que fué muy reñida y sangrienta, los resultados fueron poco prósperos para las armas de Amalarico que perdió la batalla. Entró en Barcelona huyendo, sin que los francos dejaran de seguir sus huellas, y vióse tan estrechado por sus enemigos, que medroso y desconcertado quiso guarecer su persona en el sagrado asilo de un templo católico; mas antes que lograra penetrar en dicho recinto, se interpuso a su paso un soldado francés, que



clavándole la lanza en el pecho, le dejó tendido en el mismo umbral de la iglesia, donde al poco tiempo dejó de existir, no pareciendo sino que una permission divina le señaló aquel género de muerte para espiar sus maldades, muriendo á la puerta del verdadero asilo de Dios, que tanto habia profanado con sus acciones y frecuentes desacatos; ó como dice un historiador, «la iglesia se negaba justamente á servir de abrigo á aquella vida que toda se habia empleado en perseguirla.»

Childeberto y sus hermanos volvieron á Francia con su hermana y enavencidos con la victoria; aquella prin-

cesa terminó allí su vida disfrutando dias mas felices y venturosos. Tal vez no hallemos en la historia matrimonio mas desgraciado; pero tambien es preciso confesar, que á esto se ven espuestos los principes que á menudo se casan sin consultar su eleccion con sus inclinaciones, que sacrifican á la politica y á la razon de estado.

Hay autores que afirman (y es probable que así fuese) que Childeberto, ademas de su hermana Clotilde, se llevó tambien consigo los tesoros de las iglesias, que por pertenecer á arrianos, tomó como legitimos despojos.

I. A. BERMEO.

## HOMBRES CELEBRES.

### MEMORIAS

DE ENRIQUE JUNG-STILLING.

CONTINUACION.

La ciudad de Schœnenthal descansa en un pintoresco valle que se estiende de Oriente á Occidente, y un pequeño rio llamado el Wupper la riega en toda su estension. En el verano, el suelo que aparece en una circunferencia de muchas millas, está enteramente cubierto de una delicada alfombra semejante á una gran cama de nieve, y el ruido de la industriosa actividad de los habitantes, espärce en el aire un murmullo continuo como el de las abejas en derredor de sus colmenas.

El 1.º de mayo de 1772, bajaban desde lo alto de una colina tres personas: un anciano, una jóven y un hombre de mediana edad. El anciano iba fumando en una grande pipa, que de vez en cuando la sacaba de su boca para esponer en términos breves y

precisos, varios consejos acerca de la economia doméstica; la jóven y su compañero iban cogidos de las manos, y escuchaban silenciosos; llevaban el corazon lleno de emociones; mas estas no eran sin embargo producidas por una completa felicidad.

El anciano era el señor de Friedenberg: su hija Cristina estaba ya casada con Stilling, y los conducia á Schœnenthal, donde el jóven recién casado debia fijar su residencia. Ademas, Enrique hacia algunos meses que tenia su título de doctor en medicina, é iba en fin á comenzar á practicarla. Se hallaba sin fortuna, su muger tampoco la tenia; pero Stilling esperaba que su profesion bastase para vivir con algun descanso. Su suerte estaba ahora unida á la de otra persona que amaba con toda su alma, y ademas era independiente.

Pero el movimiento y el ruido de la ciudad arrancaron de repente á Stilling los sueños que experimentaba respecto á su porvenir: despues de algunos minutos llegaron á la casa que algunos amigos le habian preparado; esta se



hallaba un poco separada de la calle principal, en las márgenes del Wupper, en medio de un pequeño jardín desde donde se disfrutaba de la vista mas pintoresca y deliciosa.

Una criada hacia ya algunos días que los estaba esperando; el señor de Friedemberg luego que lo examinó todo y que dió su dictámen sobre cada una de las cosas que iba observando, se despidió de sus hijos deseándoles la mas grande prosperidad. Los jóvenes esposos quedaron solos, con los ojos llenos de lágrimas: los muebles eran de los mas modestos: seis sillas de madera, una mesa, una cama, otra para la criada, un par de platos, seis tazas, dos pucheros, ropa blanca y los vestidos mas indispensables; he aqui todo lo que contenia la casa. Los muebles se repartieron lo mejor que se pudo, y no obstante parecia que la casa estaba vacia: no pensaron ni en el tercer piso, que quedó desierto. Peor estaban todavia respecto á intereses; pues solo contaban con cinco escudos cuando entraron en aquella mansion.

Era preciso tener una gran confianza en el porvenir para poder descansar en semejante situacion, y sin embargo, Stilling y su esposa gustaron de un apacible reposo; pensaban que la Providencia no los abandonaria. Al dia siguiente, Stilling hizo sus visitas; Cristina no le acompañó, pues deseaba vivir tan desconocida y oculta como le fuera posible. La acogida que tuvo Stilling no fué de manera que contribuyese á animarle mucho. Algunos de sus amigos le pusieron un semblante grave al verle con su vestido de boda; le encontraron demasiado elegante, pues en lugar de la peluca redonda, apenas empolvada que llevaba en otro tiempo, tenia una con bolsa, y llevaba vuelos y guirindola. Los ricos negociantes le recibieron con finura y nada mas: sus miradas revelaban este pensamiento: «No me pidais dinero, ni apoyo, ni afecto: si me servís, pagaré vuestro trabajo y punto redondo.» Todo esto entristecia profundamente á Enrique. Los siete años que habia pasado en casa del excelente Spanier le habian acostumbrado á las comodida-

des; sus relaciones en Strasbourgo con Goethe, Herder y otros talentos distinguidos, le habian hecho sentir todo el precio de sus conversaciones simpáticas, instructivas y elevadas; mas he aqui de repente en medio de las intrigas de una ciudad pequeña, en un mundo donde no respiraba otra cosa que el amor al dinero, donde no se estimaba á los sabios mas que por sus riquezas, donde todo lo que se llamaba sensibilidad, cultura intelectual y ciencia, se miraba como cosa ridicula, y solamente era honrado y estimado el que ganaba mucho dinero. Stilling era alli una lámpara á la que nadie parecia dispuesto á pedir ni luz ni calor, y desde los primeros instantes comenzó á sentir su corazon oprimido.

Trascurrieron el primero, el segundo y el tercer dia sin que nadie hubiese venido á reclamar sus socorros: los cinco escudos estaban ya distribuidos en pequeñas monedas que se gastaban con una rapidez desesperada. Al cuarto dia llegó á su casa una muger de una aldea de las cercanías, que tenia un hijo de edad de once años, que habia tenido el sarampion tres meses antes, y habiendo salido á la calle demasiado pronto, se le habia introducido el humor en el cerebro y le habia producido diversos accidentes tan extraños, que la pobre muger creyó á su hijo loco ó hechizado. Habia permanecido por espacio de seis semanas acostado en la cama sin ningun sentimiento y sin poder mover ninguno de sus miembros, escepto el brazo derecho, que continuamente se agitaba con un movimiento convulsivo. Los médicos le habian ya desahuciado.

— Muy bien, dijo Stilling en silencio, es preciso que yo dé principio á mi facultad por un enfermo abandonado de todos mis cofrades.

Con el alma llena de incertidumbre y de tristeza, tomó su baston y su sombrero y partió para Dornfeld. Despues de haber hecho su visita, dijo á la muger que volviese á su casa al cabo de una hora, de cuyo tiempo necesitaba aquella para reflexionar el singular estado de su hijo. Se habia acordado en el camino que su profesor



alababa mucho el aceite animal de Dippel como un excelente antiexspasmódico, y se fijó con tanto mas gusto en este remedio, cuanto que tenia la seguridad de que ninguno de los médicos precedentes le habia empleado, porque ya no estaba de moda. Cuando llegó á la casa del enfermo, prescribió un jarabe cuya base era este aceite: se llevaron la receta, y dos horas despues vinieron á toda prisa á llamar á Stilling. Este acudió solícito, y halló al enfermo sentado en la cama gozoso y mejorado. Le contaron que el niño, desde que tomó una cucharada del jarabe recetado, se habia encontrado mucho mejor. Queda á la consideracion del lector la alegria que Stilling se ruborizaba y sonreia interiormente con los elogios que le prodigaban y que tan poco habia merecido, pues aquella cura era el resultado menos de su habilidad que de un hallazgo fortuito. Prescribió en seguida algunos fortificantes, y el enfermo fué completamente curado.

Esta primer cura se propagó por aquellas cercanias; los ciegos, los paralíticos y los impedidos de toda especie acudian á su casa, pero como el aceite de Dippel no era un remedio genérico para todas las enfermedades, y como Stilling no habia encontrado otro específico, disminuyó el concurso poco á poco y se redujo á una mediana clientela que estrechamente subvenia á sus necesidades. Sin embargo, sus cofrades se declararon contra él manifestando por todas partes que era un charlatan y contribuyendo por todos los medios posibles á desopinarle para que el pueblo desconfiara de sus remedios.

Una desgracia mas grande todavía vino á mortificar el ánimo del pobre Stilling. Cristina fué atacada de una cruel enfermedad; experimentaba violentas convulsiones que duraban horas enteras y quebrantaban á aquel cuerpo tan débil. Bien pronto llegó á tener

todos los síntomas de una pulmonia; á esto se añadia diariamente los quebrantos de su pobreza: Stilling no tenia ya crédito, y todo estaba allí muy caro. Todas las mañanas al despertar hacia en silencio esta pregunta que destruía su corazon.

—¿Tendrás hoy con que alimentar á tu pobre muger?

Era muy rara la vez que podia tener dinero para dos dias seguidos, aunque tambien es verdad que carecia de prevision, pues cuando un enfermo pobre no tenia dinero para comprar los remedios, él los pagaba de su bolsillo, y de aqui provinieron las deudas que despues le proporcionaron tantos disgustos: de suerte que su clientela, que se aumentaba entre los desgraciados, le causaba mucho trabajo y gastos, y le reportaba poca ganancia. Cristina se atormentaba con semejante conducta, porque era muy económica y procuraba disminuir los gastos del vestido y alimento.

Los primeros dias del casamiento de Stilling fueron muy penosos, no encontraba Enrique mas alegria ni mas reposo que en el afecto que le manifestaba Cristina. En medio de las inquietudes que le atormentaban incessantemente y por todas partes, se parecia al peregrino que durante la noche atraviesa un bosque lleno de fieras cuyos ahullidos escucha por momentos á su lado. Cuando iba á Rasseheim, no se determinaba á confesar su situacion para no escitar los sufrimientos; ademas el señor de Friedenberg, habia sido responsable de la cantidad que habia necesitado para hacer sus estudios; tampoco se determinaba á confiar todos sus padecimientos á Cristina, quien de seguro no hubiera podido soportarlos.

Era muy singular lo que le sucedia en el ejercicio de su arte: curaba mas fácilmente á los pobres que á los ricos, y este no era ciertamente el medio de hacer fortuna. Allí donde encontraba nervios delicados, una imaginacion sobrescrita y todas las complicaciones de las enfermedades de las gentes de buen tono, no sabia mas que ordenar. En su buena fé lo atribuyó á su



poco saber y se resolvió estudiar y meditar hasta que hubiese llevado las reglas de su arte á una certidumbre casi matemática. Este penoso trabajo aumentó considerablemente sus conocimientos, pero al mismo tiempo le hizo comprender cada vez mejor la imposibilidad de obtener el fin quimérico que se había propuesto. Veía claramente que el médico puede hacer muy poco, y que no debe en manera alguna tener otra ambición que la de ayudar á la naturaleza.

En la primavera de 1773, hallábase Stilling en un pueblecillo inmediato á Schöenthal, cuando se presentó á él en la calle una jóven ciega que exclamó:

—¿Dónde está el doctor?

—Aquí, hija mia, respondió Enrique; ¿qué quiere vd?

—¡Ah! ¡si vd. quisiera mirarme los ojos!... Hace algunos años que me he quedado ciega.... Tengo dos hijos que no conozco todavía: mi marido es un pobre jornalero que trabaja mucho, pero que no puede con su trabajo subvenir á todas nuestras necesidades; en otro tiempo yo podía hilar, mas ahora no puedo.... ¡Qué desgraciados somos, señor doctor!

Stilling la examinó y la dijo:

—Vd. tiene la catarata: no es una cosa imposible devolver á vd. la vista, pero es menester hacer la operacion.

—¿Y no sabe vd. hacerla, señor doctor?

—Sí, pero no la he hecho todavía.

—Pues comience vd. por mí.

—No, hija mia, porque pudiera no hacerla bien y vd. quedaria entonces ciega para toda su vida.

—¡Pero yo quiero correr ese riesgo!... no podria ser mas ciega de lo que ahora lo soy: yo se lo suplico á vd.; es preciso, es un deber de vd.; si no accede á mi ruego, yo le reconvendré el día del juicio.

Estas palabras atravesaron de parte á parte el corazon de Stilling; estaba perplejo, persistió no obstante en negarse á ello, pero el cura del pueblo le escribió una carta muy apremiante al otro día, y esto le determinó á hacer la operacion que ejecutó maravillosamente, y la muger volvió á recobrar la vista.

Esta cura dió principio á su reputacion de oculista, que mas tarde fué tan grande en toda la Alemania.

Por este tiempo, Stilling, fué llamado una mañana muy temprano á una posada de parte de un estrangero. Enrique fué introducido en un dormitorio: el enfermo tenia la cabeza y el cuello envueltos con muchas vendas; sacó el brazo, y con una voz débil dijo al médico:

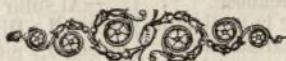
—Tomadme el pulso, señor doctor; yo estoy muy malo.

Stilling le pulsó.

—El pulso está bueno, dijo; no veo ningun indicio de enfermedad.

A este tiempo el estrangero soltó una estrepitosa carcajada y se avanzó al cuello del médico. Era Goethe. Stilling lleno de gozo llevó á su amigo á su casa: Cristina le acogió muy bien y se puso á preparar la comida, en tanto que los dos amigos daban un paseo por aquellas cercanias. Goethe viajaba á la sazón con Lavater por aquellos paises. Stilling y Lavater hablaron muchas veces juntos y se hicieron amigos: Lavater no partió sin haber hecho el retrato de Enrique para su *Fisionómica*, y Goethe habiendo sabido que Stilling habia escrito su biografia se la pidió para leerla en momentos de descanso. Este acontecimiento fué para Stilling el principio de aquella era que tan importantes direcciones debia dar á su singular destino.

(Se continuará.)





## ESTUDIOS RECREATIVOS.

### JUANA DE ARC.

#### CONTINUACION.

Con efecto, entró La Hire, y el rey se adelantó hacia él diciendo:

—La Hire, ¿nos traeis algunas esperanzas? Explicadnos en pocas palabras lo que sucede. ¿Qué es lo que debemos esperar?

—Lo que vuestra espada pueda alcanzar, respondió La Hire.

—¿Luego el orgulloso duque, repuso el rey, no quiere reconciliarse? ¡Oh! hablad, ¿cómo ha recibido mi mensaje?

Todos pusieron la mas viva atencion y la Hire continuó:

—Ante todo, antes que pueda prestar oído á vuestras proposiciones, exige que Duchatel le sea entregado, pues le llama el asesino de su padre.

—¿Y si no accedemos á tan vergonzosa condicion? preguntó el monarca.

—Entonces será rota la alianza.

—¿Y le habeis dicho, como os mandé, que es preciso que combata conmigo sobre el puente de Montereau donde su padre sucumbió?

—Le he arrojado vuestro guante, contestó La Hire, y le he dicho, que descendiendo de vuestra altura queriais combatir como un simple caballero por vuestra monarquía; pero me ha respondido que no era necesario combatir por lo que él ya poseía; pero que si, no obstante, tal era vuestro deseo, le encontrariais delante de Orleans, adonde debe pasar mañana: despues me volvió las espaldas riéndose.

—¿Y la voz integra de la justicia no se ha escuchado en mi parlamento?

—Ha enmudecido delante del furor de los partidos: una sentencia del par-

lamento os declara desposeido del trono á vos y á toda vuestra raza.

—Imprudente orgullo del plebeyo, interrumpió Dunois, que ha llegado á apellidarse señor.

—¿No habeis procurado nada en mi favor, preguntó el rey, cerca de mi madre?

—¿Cerca de vuestra madre? repitió La Hire.

—Si, ¿cómo se manifiesta en vista de estos sucesos?

La Hire quedó un momento reflexivo, y seguidamente continuó:

—Cuando llegué á San Dionisio, se verificaba precisamente la ceremonia de la coronacion: los parisienses estaban adornados como en dias de grandes festejos; arcos de triunfo se veian en todas las calles por las que el rey de los ingleses debía pasar: el tránsito aparecia regado de olorosas flores, y el pueblo corria apiñado en derredor del coche real, lanzando exclamaciones de júbilo y contento, como si la Francia acabase de ganar la mas grande victoria.

—¡Se complacian, exclamó Inés entristecida, se complacian en destrozar el corazon de un rey lleno de dulzura y amor!

—He visto, continuó La Hire, á Enrique de Lancastre, á ese niño, sentarse en el trono real de San Luis; sus orgullosos tios, Bedford y Gloucester, estaban á su lado, y el duque Felipe arrodillado delante del trono, rindiéndole homenaje en nombre de sus estados.

—¡Oh! par desleal, exclamó Cárlos! ¡Indigno primo!

—Al subir las gradas del trono, prosiguió La Hire, vaciló el niño. «Mal presagio,» murmuró el pueblo. Algunos se echaron á reir. Entonces la reina, vuestra madre, se adelantó, y es muy



triste en verdad deciros lo demas.....

—Acaba, exclamó el rey con impaciencia.

—Cogió al niño en sus brazos, y ella misma le colocó en el trono de vuestro padre.

—¡Oh madre mia, madre mia! dijo Carlos en tono sentimental.

—Los mismos ciudadanos, á pesar de su rabia y acostumbrada crueldad, se avergonzaron en este momento. Vuestra madre lo observó, y volviéndose hácia el pueblo, dijo en alta voz: «Dadme gracias, franceses, pues que coloco aquí una rama intacta en lugar de un tallo enfermizo, y ademas os liberto de un rey afeminado por un padre insensato.»

En este momento, Carlos se cubrió el rostro con ambas manos; pero Inés al conocer su estremada aflicción le estrecha entre sus brazos, y todos los presentes dan á entender en sus semblantes la desaprobación del acto ejecutado por la reina madre. Sin embargo, el rey, despues de un momento de silencio se dirigió á los magistrados con las siguientes palabras:

—Ya lo habeis escuchado, señores: ya veis lo que sucede, no os detengais mas tiempo; dad la vuelta á Orleans, y anunciad á mi fiel ciudad que yo la desempeño de su juramento hácia mi. Que procure su salvación encomendándola á la clemencia del duque de Borgoña..... Le apellidan el *Bueno*, y yo espero que será humano con vosotros.

—¡Cómo, señor! interrumpió Dunois, ¿quereis abandonar á Orleans?

El magistrado que poco antes habia tomado la palabra en nombre de los demas, se arrodilló delante del rey diciendo:

—Mi real señor, no retireis vuestra mano de nosotros; no entreguéis vuestra fiel ciudad á la dura autoridad de los ingleses: es una piedra preciosa en vuestra corona, y ninguna otra ha guardado mas santamente su fidelidad á sus reyes, á vuestros abuelos.

—¿Somos vencidos? preguntó Dunois. ¿Es lícito abandonar el campo de batalla antes de haber intentado defender esta ciudad? ¿Quereis, con una sola

palabra, antes que la sangre se haya derramado, perder esta gran ciudad?

—Bastante sangre se ha derramado ya inútilmente, repuso el rey. La mano del cielo descarga sobre mi su tremendo peso; mi ejército es vencido en cada combate; mi parlamento me rechaza; mi capital, mi pueblo, reciben á mi rival con gritos de alegría; mis parientes mas cercanos me abandonan, me hacen traicion. Mi propia madre alimenta en su seno el retoño extranjero de una raza enemiga. Retiremonos al otro lado del Loira, y cedamos á la poderosa mano del cielo que se manifiesta tan favorable á los ingleses.

—Dios nos libre, dijo Inés, de abandonar esta monarquía. Vuestras palabras no salen de vuestra alma animosa: la conducta desnaturalizada de una madre ha traspasado el corazón heroico de mi rey... Pero vos mismo vais bien pronto á oponer una noble y varonil resistencia al destino que lucha cruelmente contra vos.

El rey quedó un momento absorto en sus reflexiones, mas ultimamente rompió el silencio con estas palabras.

—Si, es verdad; un destino sombrío y terrible domina á la raza de los Valois. Dios la ha desechado: los crímenes de una madre han traído las furias del Averno á esta familia: mi padre ha sido por espacio de veinte años víctima de un perpétuo delirio; la muerte me ha arrebatado tres hermanos... es una sentencia del cielo... La casa de Carlos VI debe sucumbir.

—No desmayeis, dijo Inés; ella volverá á levantarse y rejuvenecerá con vos, tened confianza en vos mismo: no, no es en vano por lo que un destino propicio os ha elegido entre todos vuestros hermanos, y os ha conducido á vos solo, el mas jóven, al trono que no podiais esperar. En la dulzura de vuestra alma, el cielo ha puesto el remedio á las heridas que el furor de los partidos ha hecho al país. Vos apagareis las llamas de la guerra civil; mi corazón me lo dice; vos establecereis la paz, y vos, en fin, sereis el nuevo fundador de la monarquía francesa.

—No lo creais, dijo Carlos; este tiempo rudo y borrascoso está pidiendo



do un fuerte y diestro piloto. Yo hubiera podido hacer la felicidad de un pueblo apacible; pero no puedo domar a un pueblo feroz y rebelde, no puedo conquistar con la espada corazones que se alejan de mí y que me odian.

—El pueblo es ciego, repuso Inés; una ilusión le turba, mas ese vértigo pasará; no está lejos el día en que veamos que se despierta el amor de los franceses hacia su legítimo rey, si, aquel amor reconcentrado en el fondo de sus corazones. Entonces el antiguo odio, la rivalidad que siempre ha separado á dos pueblos enemigos volverá á aparecer, y los orgullosos vencedores serán humillados. No abandoneis el campo de batalla tan precipitadamente; disputad el terreno palmo á palmo, defended á Orleans como pudiérais defender vuestra propia vida.

—Cuanto he podido hacer, contestó Carlos, he hecho. Me he ofrecido á combatir como caballero en defensa de mi corona, y no consienten en ello. En vano prodigo la vida de mi pueblo, pues mis ciudades son destruidas. ¿Debo yo, por ventura, como la madre desnaturalizada, dejar que dividan á mi hijo con la espada? No, viva y renuncie yo á él.

—¿Cómo, señor! interrumpió Dunois, ¿es ese el lenguaje de un rey? ¿Así se abandona una corona? El último de vuestros súbditos espone su bien y su sangre, por su opinión, su odio y su amor. Cuando el estandarte de la guerra civil se ha enarbolado, cada uno no piensa mas que en su partido; el labrador deja su arado, la muger sus objetos de labor; los niños y los ancianos toman tambien las armas, el aldeano prende fuego á su ciudad con sus propias manos, incendia sus mieses ya para hacer un servicio, ya para dañar al enemigo ó bien para asegurar el éxito de los votos de su corazón. Cuando habla el honor, cuando se combate por su Dios, nada se omite. Lejos de vos esa piedad que no conviene al corazón de un rey; el pueblo debe sacrificarse por su monarca; este es el destino y la ley del mundo; la Francia no conoce otro ni quiere otro. ¡Vergüenza y escarnio para la

nación que no lo arriesga todo con alegría por la salvación de su honor!

El rey se volvió entonces á los magistrados y continuó:

—No esperéis otra respuesta: Dios os proteja; yo no puedo hacer nada en vuestro favor.

—Pues bien, respondió Dunois con entereza y energía, que el Dios de las victorias os deje como vos dejais vuestra monarquía paternal; yo tambien os abandono. Jamás culpeis á las fuerzas reunidas de Inglaterra y de Borgoña que os precipitan del trono, sino á vuestra impotencia y debilidad. Los reyes de Francia, nacen con el corazón heroico, pero vos no habeis sido educado en la guerra.

En seguida se dirigió á los magistrados y con la misma entereza continuó:

—El rey os abandona, pero yo voy á precipitarme sobre Orleans, la ciudad de mi padre, y á sepultarme entre sus ruinas.

A este tiempo quiso salir, pero Inés le detuvo y mirando al rey se espresó en estos términos:

—Señor, ved lo que haceis; no le deis salir encolerizado. Su boca pronuncia rudas palabras, pero su corazón es un tesoro de fidelidad.... Siempre es el mismo: os ama con ardor, y por vos ha derramado su sangre en muchas ocasiones. Aproximáos, Dunois; confesad que el arranque de una noble cólera os ha conducido demasiado lejos; y vos, señor, perdonad á un amigo fiel la ligereza de sus palabras.... ¡Oh! venid, llegad, dejadme retírnir al instante vuestros corazones antes que una pronta y funesta cólera se encienda entre vosotros para no apagarse jamás.

Dunois fijó los ojos en el rey como esperando una respuesta; pero el monarca con la mayor indiferencia se dirigió á Duchatel y le dijo:

—Nosotros pasaremos el Loira, haz que conduzcan mis efectos sobre los bageles.

Dunois no pudo en este momento reprimir su enojo; miró al rey enfurecido, mas al fin reprimió su indignación y mirando á Inés la dijo:

—¡Adios!



Volvióse con impetu y salió precipitado de aquella estancia seguido de los magistrados. Inés llorosa y apesadumbrada se acercó á La Hire y le dijo:

—¡Oh! Dios mío! nos abandona completamente: seguidle, La Hire; procurad apaciguar su justo enojo.

Y La Hire sin responder una palabra, hizo una reverencia y se alejó por el mismo punto donde habia salido el bastardo de Orleans. Carlos volvió á hablar con la misma impasibilidad.

—¿Tan preciosa es la corona de un rey? ¿Tan difícil enagenarla?... No: yo conozco una cosa mas difícil todavía, y es dejarse dominar por estos espíritus altaneros y arrogantes. Vivir por la gracia de un vasallo orgulloso é inflexible, es lo mas duro para un corazón noble, y no es tan triste que el hombre sucumba á su propio destino.

Vió en seguida que Duchatel estaba aun en el recinto y le dijo con aspreza:

—Ejecuta lo que acabo de mandarte.

Duchatel se echó entonces á sus pies y le dijo:

—¡Oh, mi rey!

—¡Mi resolución está tomada! no hay, pues, que replicar.

—Haced la paz con el duque de Borgoña, respondió Duchatel: yo no encuentro para vos otro medio de salvación.

—Vos me dais ese consejo, y vuestra sangre es la que piden á precio de la paz.

—Aquí teneis mi cabeza, contestó Duchatel poniéndose de pie. Muchas veces la he espuesto en los combates, y ahora la llevaria por vos con orgullo al patíbulo. Apaciguad al duque; entregadme á toda la severidad de su furia, y quiera Dios que mi sangre sea suficiente á calmar su antiguo odio.

El rey estuvo mirando á Duchatel algunos instantes con cierta emocion y luego dijo:

—¿Es verdad?... ¿En tan miserable estado me hallo, que mis amigos que conocen mi corazón, me indican para salvarme el camino de la vergüenza?... ¡Ah! ahora comprendo cuán profunda es mi caída, pues que ya no se tiene confianza en mi honor.

—Pensad, señor... interrumpió Duchatel.

—Basta, dijo Carlos, no me irriteis: aunque me fuera preciso perder diez monarquías, jamás las rescataria con la sangre de un amigo.... Haz lo que te he mandado: pronto, dispon que se embarquen mis equipages.

—Vuestras órdenes serán ejecutadas, respondió Duchatel, saludando al monarca y alejándose de aquella residencia, al mismo tiempo que veía á Inés llorar amargamente.

(Se continuará.)





## LA CATEDRA EN EL CAMPO,

### Ó SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.

#### X.

#### LA ENFERMEDAD.

No sabemos si á consecuencia de los pasados disgustos de don Casimiro, de la repentina variacion de clima ó de otra circunstancia cualquiera, es lo cierto que este amable padre de familia se levantó una mañana experimentando un mal gusto de boca, sintiendo su cabeza bastante cargada, y no pudiendo tolerar los repetidos calofrios que ponian en movimiento todo su sistema nervioso. Llamó á su querida esposa, manifestóla su repentina indisposición, esta le aconsejó que se volviese á acostar; don Casimiro lo ejecutó, é inmediatamente se dispuso que un criado partiese para Ecija, é hiciese venir al mejor médico de la ciudad. Fácilmente puede concebirse la profunda tristeza de los niños al ver á su buen papá que tenia precision de permanecer en la cama: toda la familia sabia que don Casimiro era de un carácter sufrido, que nunca manifestaba sus dolencias por no poner en cuidado á su muger y sus hijos, y de aquí dedujeron, que cuando esta vez habia revelado su malestar, la enfermedad presentaria indudablemente sintomas de consideracion.

Una hora habria trascurrido cuando el médico y su pasante se apearon de un carruage y pasaron á la estancia del enfermo acompañados de la señora doña Ana, que acercándose cariñosamente á la cama, dijo á su esposo:

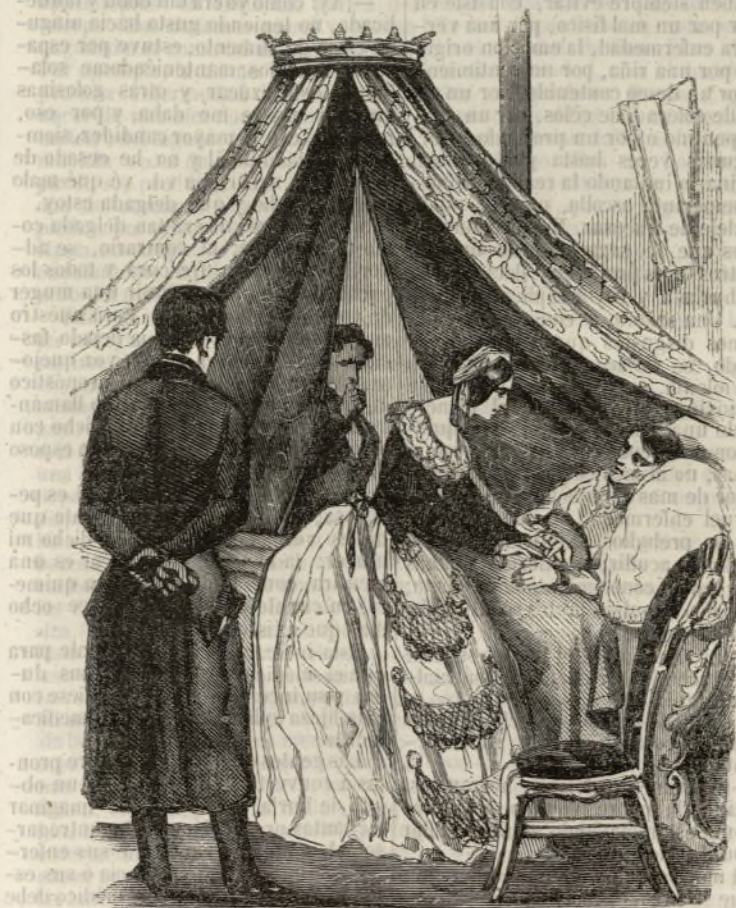
—Aquí tienes al doctor.

Poco despues entraron Ramon y Carolina, los cuales ora miraban el semblante del enfermo, ora el del facultativo, creyendo adivinar por gestos y ademanes si el mal era grave ó no. El médico, despues de haber pulsado á su enfermo y de haberle hecho las preguntas necesarias en estos casos, declaró que la enfermedad no presentaba sintomas graves, asegurando que muy pronto sanaria. Recetó lo conveniente, sentóse despues á la cabecera de la cama, y á instancias de la familia proscripta permaneció en aquella residencia algunas horas hablando de medicina. Su conversacion era instructiva y amena, por lo que los niños pusieron la mas viva atencion á cuanto el doctor decia. Entre otras cosas, procuró analizar en toda su estension todo cuanto comprende la palabra *enfermedad*, sobre la cual dijo lo siguiente:

—Se dice que hay enfermedad siempre que las facultades del alma y las funciones de la vida están profundamente turbadas total ó particularmente. Se pierde el gusto y el apetito, la digestion se hace mal ó no se hace, el pulso se acelera, las fuerzas se quebrantan, la respiracion llega á ser mas frecuente, el sueño desaparece ó se turba, y la voluntad pierde su energia. Sin embargo, el médico no reconoce por enfermos á todos los que se quejan, ni tampoco á los que sufren. Estar enfermo es experimentar mortificaciones despues de haber comido con exceso, velado mucho, bebido demasiado, corrido bastante, sentido con demasia, pensado escesivamente, y sin embargo esto es sufrir, y se corre riesgo si se persevera en sufrir mas todavía; pero



bastará un poco de reposo y de prudencia, de una dieta razonada y de un sueño prolongado para recuperar la salud. A veces el médico se manifiesta demasiado crédulo acerca de los sufrimientos que se le confían; desgraciado de él y del enfermo si mira como reales solamente los males que puede ver y tocar! Un dolor nervioso, un isciático, un calambre repentino,



muchos dolores y debilidades locales, la jaqueca, la gota, el reumatismo y las neurosis, no tienen por lo común, ni evidencia material, ni violencia manifiesta en el pulso ó en alguna

otra parte. ¿Qué debemos hacer en semejante caso?... ¡Ay Dios mío! No queda otro arbitrio que entregarse al testimonio de los enfermos. Pero los enfermos, dirán vds., engañan fre-



cuentemente á los médicos: tanto peor para ellos, y vale mucho mas todavía esponerse á ser engañado, que llegar á ser cruel por demasiada incredulidad y rigorismo.—Un error muy frecuente y que los médicos mas hábiles no saben siempre evitar, consiste en tomar por un mal físico, por una verdadera enfermedad, la emocion originada por una riña, por un sentimiento, por un deseo contenido, por un acceso de cólera ó de celos, por un susto repentino ó por un profundo pesar, y algunas veces hasta por un mal imaginario imitando la realidad. Contra semejante escollo, no hay piloto que deje de fracasar. No hace muchos meses que la sagacidad de uno de nuestros mas profundos doctores ha sido burlada y voy á explicar la manera. Una señora, á consecuencia de algunos disgustos que tuvo con su marido, se vió acometida de una tos tan violenta, que toda su familia se conmovió, y creyeron ver el principio de una tisis: el esposo tan inquieto como arrepentido se apresuró á llamar, no al médico de la casa, sino al doctor de mas reputacion respecto á la cruel enfermedad de que se pensó ver los preludios. El doctor estuvo pronto en acudir; la enferma apenas habia tenido conocimiento de la visita; el médico la pulsó, la tos continuaba sin interrupcion.

—¿Le duele á vd. el pecho, señora?

—Mucho, señor doctor, y especialmente aqui.

Y señalaba el lado derecho, el mas lejano del corazon, el sitio mas atormentado.

—Esperimento dolores horriblos, continuó la pobre víctima, y parece que me están clavando aqui un millar de puntas de agujas.

El médico que ya temia tubérculos y que se preocupaba de su fecha, como de su número, y del lugar en que debían desarrollarse, se puso á examinar silenciosamente el pecho y á escucharle con sumo cuidado revelando en su semblante la mas grande inquietud.

—Señora, preguntó, ¿hace mucho tiempo que vd. tose?

—Mucho tiempo, señor, respondió la enferma; esto es una consecuencia de lo que me sucedió cuando yo era niña.

—¿Y qué le sucedió á vd? preguntó el médico al instante.

—¡Ay! como yo era tan débil y tan delicada, no teniendo gusto hácia ninguna clase de alimento, estuve por espacio de dos años manteniéndome solamente con azúcar y otras golosinas que mi madre me daba, y por eso, prosiguió con la mayor candidez, siempre he estado débil y no he cesado de toser y de sufrir. Ya vd. vé qué malo tengo el pecho y qué delgada estoy.

Sin embargo, no era tan delgada como manifestaba; al contrario, se advertia en ella la frescura y todos los encantos que puede reunir una muger de veinte y cuatro años. Pero nuestro acreditado doctor se habia dejado fascinar de tal manera por su voz quejosa, que hubiera llevado su pronóstico al mas alto grado, si el marido llamándole aparte, no le hubiese dicho con aquella brusca franqueza de un esposo de mal genio:

—Vd. sabrá si la enfermedad es peligrosa; pero tenga vd. presente que no es verdad cuanto le ha dicho mi muger: la historia del azúcar es una mentira, como la delgadez una quimera; en cuanto á la tos, solo hace ocho dias que existe.

Esta indicacion fué suficiente para que el médico desvaneciese sus dudas y su incertidumbre, y pudiese con mas fijeza aplicar el oportuno medicamento.

Las gentes de mundo, siempre prontas á convertir la medicina en un objeto de burla, están lejos de imaginar á cuántas precauciones debe entregarse el hombre que engendra sus enfermedades por su imprudencia ó sus excesos. En primer lugar, el médico debe asegurarse del sitio exacto de la enfermedad, cosa algunas veces mucho mas difícil que generalmente se piensa. El sitio del mal está en ocasiones muy distante del punto dolorido: las enfermedades de la cadera determinan sus dolores hácia la rodilla; las de la matriz hacen principalmente sufrir á los



rifones y á los muslos, las del hígado á la espalda, y muchas enfermedades del cerebro no se manifiestan mas que por violentos dolores en los oídos, y por lo que llamamos ataques de nervios, por convulsiones ó por grandes sufrimientos en distintas partes del cuerpo. Los síntomas son á veces tan engañosos como los mismos dolores. Por ejemplo, la tos no anuncia siempre una enfermedad de pecho; puede nacer de una afección del pílora, de la matriz ó del hígado; la jaqueca depende muchas veces del estómago; el vómito puede ser producido por una enfermedad del cerebro, y hasta por el mal de piedra, por una afección uterina, etc. Hasta en cirugía los síntomas son frecuentemente equivocados en cuanto al sitio del mal.

Una vez conocido el sitio es menester indagar la causa del mal: las causas inmediatas raramente tienen mucha importancia: la misma fatiga ó el mismo accidente que determina la gastritis ó una fiebre puede causar un mal de garganta, una fluxion de pecho, una inflamacion del cerebro, lo cual depende de la organizacion y de las disposiciones de los enfermos. También es muy esencial saber si el mal es hereditario, como lo son á menudo el cancer, los males de nervios, la gota, las escrófulas, la tisis, las deformidades, la locura y otros males. El escorbuto puede depender del demasiado uso de carnes saladas, la terciana de la vecindad con algun lugar pantanoso. El número de males que se transmiten de hombre á hombre, es menos numeroso de lo que vulgarmente se presume. Eexceptuando la viruela, la escarlatina, el sarampion, la miliar, la rabia, la sarna y la sífilis, existen pocas enfermedades contagiosas, y no hay razon para suponer como contagiosas las enfermedades de la tisis, las calenturas malignas, la fiebre amarilla y el cólera. De estas muchas son hereditarias, otras aparecen epidémicamente, es decir, que atacan á un mismo tiempo á una multitud de personas que viven bajo la influencia de las mismas causas enfermizas.—El miedo, sobre todo, es preciso decirlo, egeree

la influencia mas desastrosa en tiempos de epidemia. Hace pocos años encontrándome yo en Cádiz, cuando aconteció la epidemia llamada el vómito negro, un jóven estudiante me llamó á media noche: se decia que estaba atacado de este terrible mal. Yo me encontraba en este momento en el hospital de San Juan de Dios de dicha ciudad, con el doctor Sanchez y el profesor Rocona, que tan benéficos y diligentes se manifestaron en esta ocasion: los tres fuimos á casa del enfermo. Era un hombre de 25 años, jóven, vivia solo y vecino de una persona, que la vispera habia succumbido á consecuencia del vómito. Este hombre era robusto, tenia salud y frescura, pero estaba agitado, turbado y tembloroso.

—¿Dónde siente vd. dolor? le pregunté.

—En todas partes, me dijo; soy perdido.

—¿Ha vomitado vd.? ¿Ha sentido vd. calambres?

—Todavía, no señor, pero creo que voy á sentir todo eso muy en breve: toque vd. y verá como me palpita el corazon.

Efectivamente, su pulsacion era estremadamente rapida, el corazon le palpitaba con violencia, y sus miradas espresaban el temor y la ansiedad; pero la lengua, las carnes, el vientre, la piel, todo se encontraba en el mas perfecto estado de salud. Yo le dije entonces:

—Vd. está muy solo, sin luz... su vecino de vd.... vamos, convengamos en que existe un poco de miedo.

—Un poquito... si señor.

—Escuche vd. añadi sonriéndome, vd. está tan enfermo como nosotros.

—¿De veras?

—Se lo juré á vd. bajo mi palabra de honor. Esta noche, (es necesario que vd. me lo prometa), vd. tendrá á su lado esta bugia encendida; tomara una pocion que va á prepararse al punto; dormirá vd. bien y mañana temprano pase vd. sin recelo alguno á la mejor fonda de Cádiz, y coma sin miedo del manjar mas succulento y sustancioso que guste.



Al instante le vimos recobrar su perdida calma; habló, su cara llegó á ponerse serena, el medio grano de opio que le receté le dió un profundo sueño, y habiendo venido á vernos me dijo:

—Ciertamente, caballero, era solamente miedo, aprension, lo que yo tenía, y creo que me hubiera conducido al sepulcro.

Con respecto á los *sintomas*, tambien presentan caractéres que llaman la atencion del médico, y sin ellos le sería enteramente imposible conocer ninguna enfermedad. Ahora bien, ¿cómo puede curarse una enfermedad sin conocerla? Las enfermedades mas circunscritas en su principio, concluyen á menudo por ser comunes á todos los órganos, y he aqui precisamente lo que oscurece el sitio esencial de un gran número de enfermedades, con especialidad las que llamamos *fiebres y consumpiones*. La sangre y los nervios son los dos medios de unidad de aquella multitud de resortes ó instrumentos de que está formado el cuerpo del hombre. Merced á ellos, todo concurre allí por correspondencias ocultas y con una inteligencia incomparable al mismo fin. No solamente todos los órganos tienen el mismo corazon y la misma sangre, los mismos pulmones, el mismo cerebro y el mismo estómago, sino que existe entre todas estas partes, una union, un pactotán maravilloso y prudente, que en virtud de esta alianza universal ninguno de ellos puede sufrir el menor choque, sin que todos ellos ó la mayor parte se turben y se agiten. No hay que buscar la causa de las enfermedades generales mas que en esta mútua connexion y en esta alianza vital de los órganos; y en consecuencia de esta ligadura simpática, las enfermedades no pueden discernirse en un principio con entera facilidad. Por poco que se tarde en conocerlas, no puede distinguirse el órgano en que obra el principio del mal.

Desde el momento en que el corazon y los nervios entran en el secreto de las enfermedades, complican y embrollan de tal modo los fenómenos,

que es casi imposible separarlos y analizarlos. Agravan el mal desde el punto que le dividen, y no bien han sentido el dolor, cuando aumentan su causa y el peligro. Empezar á estudiar una enfermedad cuando solamente los nervios han tomado parte en ella, es comenzar la historia de una revolucion cuando ya todas las provincias de un estado, y todas las clases de un pueblo han sentido el contratiempo; una enfermedad, lo mismo que una revolucion, no puede ser bien estudiada ó seguramente detenida sino al principio. Lo que haria un escritor filósofo para penetrar los acontecimientos de la historia, debe hacerlo el médico igualmente al empezar á tropezar con las dificultades tan tenebrosas de sus estudios.—Otro punto muy esencial en toda la enfermedad es el conocimiento de su gravedad, la probabilidad de su duracion, y la prevision de su conclusion. Hay, por ejemplo, en las fiebres malignas, en lo que en otro tiempo se llamaba *fiebres ó calenturas putridas*, y á las que unos llaman hoy *adynámicas* y otros *gastritis sobreagudas*, hay en estas afecciones, que tambien han recibido el nombre de *fiebres tifoidas*, un aspecto, un color, una ardencia de lengua y de labios y un olor repugnante que presagian un grande peligro. Lo que llamamos *fiebres intermitentes perniciosas*, á causa de un carácter insidioso y de aquellos sintomas que las aproximan tanto al cólera, como á un ataque nervioso ó á una *flegmasia de entrañas*, estas fiebres, llevan consigo la muerte, si no se las corta al momento por medio de la quinquina. La viruela es muchas veces mortal, cuando las postillas se comprimen en el instante que deberían supurar.—Hay enfermedades que tienen, por decirlo así, remedios específicos. Por ejemplo, toda enfermedad intermitente, puede curarse con la quinquina ó la quinina; la sarna se cura con el azufre; las aguas sulfurosas remedian muchas enfermedades de la piel; la trementina modifica los males de la vejiga; las aguas aciduladas remedian



el mal de piedra, el agua gaseosa apacigua ciertos vómitos y ayuda á las digestiones; el acero calma algunos males nerviosos; el opio hace dormir y calma los dolores que no son febriles, pero puede traer el delirio, y yo le he visto producir la locura á dos enfermos que tomaban todos los dias cuatro granos. He visto á muchos epilépticos á quienes hacian tomar la piedra infernal en dosis tan excesiva, que los desgraciados llegaron á ponerse tan negros como los etíopes. Según mi cuenta, no he curado mas que á dos atacados de este mal, pero los remedios farmacéuticos no tuvieron casi ninguna parte en la cura. Uno de estos dos enfermos, hombre industrioso y estimable y de una gran capacidad, habia tenido la desgracia de unirse á una muger malvada, y se veia preocupado á fines de cada mes. Yo me dirigí al suegro, hombre rico é ilustrado, le obligué á que enviase á su hija á los baños, á fin de curar á su yerno: este hombre, cuyos ataques venian periódicamente del 25 al 30 de cada mes, cesaron de un todo, hasta que la señora volvió al domicilio conyugal.—El segundo enfermo, era una muger de 45 años, muy bonita en otro tiempo, y la que despues de haber pagado al mundo su contingente de efimeros goces, y de pesares mas durables, se habia impuesto la obligacion de llevar una vida tan santa, que hubiera sido preciso remontarnos al siglo XII para encontrarle modelos. Ayunos asiduos, cuaresmas de una austeridad puramente anacoreta, frecuentes comuniones, tal era su vida. Esta señora experimentaba multiplicados ataques durante la cuaresma, y

perdia regularmente el conocimiento la mañana que precedia á cada comunión, pues tanto poder egercia en ella el sentimiento de la piedad, mezclándose al recuerdo de algunos extravíos mundanos y espiados por su grande arrepentimiento. El director de esta señora, que era tambien su pariente, era un hombre de mérito singular; le hablé con franqueza y convinimos en que solicitaríamos del obispo, para persuadir mejor á la enferma, una dispensa de todo ayuno, y que no se la obligaria á comulgar mas que una vez al año, lo que parecia mas difícil. Con sumo trabajo obtuvimos de ella estos sacrificios, mas al fin se resignó, y desde entonces no ha vuelto á experimentar verdaderos ataques.»

Al decir estas palabras, el médico sacó el reloj, y en seguida se puso de pie, cogiendo el sombrero y el baston. Don Casimiro le dió las mas expresivas gracias por el buen rato que habia proporcionado á su familia con su amena é instructiva conversacion, y el médico correspondió á esta prueba de agradecimiento, asegurando que el dia siguiente cuando viniese á hacer la segunda visita, daria á los niños algunas indicaciones relativas á la higiene, con cuya oferta todos quedaron muy complacidos.

Fuése el médico, doña Ana y Carolina se pusieron á coser al pie de la cama, y Ramon cogió el pintaborrón y comenzó á resolver un problema en la pizarra situada á un extremo de la habitacion del enfermo, quien ya se sentia bastante mejorado. Esperemos, pues, al siguiente dia.

(Se continuará.)





## APUNTES MORALES.

### LA CARTERA.

#### I.

Erasede en el año de 1843, una de aquellas noches tan crueles para el pobre, que sin lumbre, y frecuentemente sin pan, no tiene contra el frío, ni contra el hambre, que inspira en su corazón siniestros pensamientos, otro refugio que el sueño. Una lluvia helada, incómoda y continuada, cortaba el aire silbador; las calles cubiertas de nieve, se hallaban envueltas en una espesa niebla, que apenas dejaban percibir la agonizante luz de los faroles; y si de trecho en trecho, en medio de esta triste y silenciosa noche aparecía un transeunte como una sombra á lo largo de la desierta calle, era fácil juzgar, en vista de la rapidez de su marcha, cuán deseoso estaba su corazón de hallar prontamente un asilo.

Las diez sonaron en el reloj de los Esculapios, cuando un jóven que parecia preocupado por una viva emocion, subió precipitadamente los cuatro tramos que le conducian á una pequeña boardilla situada en una de las casas de la calle de San Anton, y se apresuró á sentarse, ó mas bien á dejarse caer lleno de agitacion, sobre una silla. Su rostro estaba cubierto de una extraordinaria palidez, su mirada fija, y su corazón latía en su pecho con la mas grande violencia. ¿De qué procedian estas emociones? ¿qué habia visto, qué habia hecho este pobre jóven?.... ¿Cuál era, pues, la causa de su escesiva turbacion? Por ventura, ¿habia, ya como testigo, ó como actor, representado algun papel en el teatro del cri-

men?... No: solamente su pie habia tropezado en la calle con la fortuna, y se habia bajado para cogerla, y en este momento se preguntaba lo que debia hacer en semejante situacion. La cartera que tenia en su mano la acababa de encontrar encima de la nieve hacia pocos instantes, y al abrirla observó con sorpresa y admiracion que estaba llena de billetes de banco. Este jóven era muy pobre, y podia llegar á ser rico guardando lo que la casualidad le habia hecho encontrar.... Esta era, pues, la causa de su estremada agitacion. Se trataba nada menos que de resolver la gran cuestion si debia permanecer hombre honrado buscando al propietario de la cartera á fin de devolvérsela, ó si debia enriquecerse por medio de un robo, de cuya impunidad y secreto estaba seguro.

—¿Qué debo hacer? se preguntaba en medio de la mas terrible ansiedad.

Esta pregunta que incesantemente se hacia y nunca llegaba á resolver, heria su corazón como una cuchilla de dos filos; cualquiera que fuese la determinacion que tomara, su corazón se llenaba de angustia y dolor; las palabras *si* y *no*, salian alternativamente de sus labios, obedeciendo á las fluctuaciones de su pensamiento. Aquella lucha de su razon que le decia: «queda pobre para ser honrado» contra la pasion que exclamaba: «sé rico para ser dichoso,» era demasiado dolorosa para que pudiese prolongarla mucho tiempo. Una extraña casualidad vino á punto de salvarle.

En el momento en que un sofisma iba á prevalecer sobre las últimas objeciones de su conciencia, se le escapó un grito, porque sus ojos acababan de fijarse sobre un retrato cuya severa mirada le pareció esprestarle la



mas áspera reconvenccion. Este retrato era el de su padre; comenzó á pensar en este noble anciano, á quien habia visto espirar dos años antes en aquella misma habitacion, pobre pero orgulloso y tranquilo con su pobreza, por que no habia tenido la mas leve mancha; recordó tambien sus consejos demasiado pronto olvidados.

A este recuerdo, vino en seguida el mayor enternecimiento, y algunas lágrimas santas recorrieron sus pálidas mejillas.

Mas esta emocion duró muy poco tiempo; bien pronto volvieron las tentaciones, y el jóven un tanto estraviado con sus pensamientos, se echó vestido en la cama llamando en su ayuda al sueño.

Pero el sueño no quiso venir, y las siniestras pasiones continuaron hablandole en voz baja, esto es, con un acento mas dulce y penetrante.

Así cuando una hora despues se levantó, se advirtió en su semblante la mas completa calma; la sangre habia subido desde su corazon á sus mejillas, y respiraba con entera libertad.

Por la decision que brillaba en sus ojos facilmente se podia adivinar que por fin habia resuelto el fatal problema.

—No es la casualidad, se preguntaba, quien ha puesto esta fortuna en mi camino!... No creo en casualidades... es Dios, si, el mismo Dios quien me la ha presentado, porque ha tenido lástima de mis muchos sufrimientos... ¡Cúmplase la voluntad del Altísimo! añadió esforzándose por hacer asomar en sus lábios una sonrisa.

Diciendo esto, se acercó á la mesa, abrió la cartera volviendo los ojos de miedo de leer allí un nombre, que no queria conocer, y despues de haber derramado en un cajon lo que contenia, levantó la alambarrera del brasero y arrojó en él la cartera.

Sesenta y cinco billetes, que componian la cantidad de doscientos cuarenta mil reales, eran los que habian caído en el cajon.

A la mañana siguiente, partió para Italia.

## II.

Un mes habia transcurrido.

En una habitacion situada bajo el techo de una casa de la calle del Pez, velaban dos jóvenes. El interior de este cuarto era pobre y triste, pero brillaba sin embargo con aquella limpieza que es el lujo de los desgraciados.

A la dudosa luz de una lámpara, se podia distinguir á una jóven trabajando en una labor de tapiceria, y á un jóven copiando expedientes. Aquella parecia estar triste y abatida, pero por eso sus ojos no dejaban de estar menos fijos en su tapiceria; sus ligeros dedos no dejaban de coordinar las hebras de color sobre una tela donde estaba dibujada con lápiz una escena pastoril. El jóven tambien trabajaba con escésiva aplicacion, pero sin embargo de vez en cuando su pluma escribia con cierta lentitud, hasta que una mirada dirigida hácia él por la jóven bordadora, le obligaba á volver á emprender su tarea, con cierta especie de viveza febril.

Este jóven estaba pálido; el trabajo, la reflexion, el insomnio, habian arrugado su frente, hundido sus ojos, y esparcido una tintura enfermiza sobre su rostro naturalmente delicado.

En cuanto á la jóven, podemos decir que tenia algunos años menos que él...—Cerca de diez y seis; era rubia, sus ojos grandes y pardos, dulces y melancólicos, graciosamente colocados debajo de una arqueada y poblada ceja; era una cabeza digna del pincel de Murillo.

Frecuentemente dirigia sus miradas hácia una alcoba cuyas cortinas estaban echadas. De repente se levantó una de estas cortinas, y dejó ver un anciano enfermo, y al parecer de no poca gravedad.

—Hija mia, quiero beber, murmuró con voz quejosa.

La jóven se levantó, dió de beber al enfermo, le besó la frente, mulló con cuidado su almohada y volvió á tomar su trabajo.

Sonaron las doce.

—Basta de trabajar, María, dijo el



jóven, otra vez acabarás esa tapicería.

—Es menester que la entregue mañana, contestó la jóven.

—¿Por qué?

Maria bajó los ojos y no respondió nada.

—Ya sabes, dijo Eugenio, que yo mañana percibo mis honorarios del mes, y podemos tener algunos días de mas desahogo.

Maria entonces le tendió su mano.

—Qué bueno eres, amigo mio; cuando mi padre ha perdido el empleo que nos hacia subsistir, y que el pesar de verse sin colocacion le ha causado esta terrible enfermedad, de la que saldrá con trabajo, ¿qué hubiera sido de nosotros sin ti, Dios mio?

—¿No era yo su sobrino, Maria, su hijo de adopcion? ¿No era yo quien debia socorrerle? Mas ¡ay! ¿por qué no soy hombre de posibles? Pero no te detengas; toma un poco de reposo, Maria, yo te lo ruego.

Maria buscaba evidentemente los medios de eludir la súplica de su primo, y respondió:

—¿No has visto á Juan, el amigo de tu hermano?

—Si.

—¿Y no sabe nada respecto á Victor?

—Nada.

—¿Qué habrá llegado á ser de él...?

¡Ah! este invierno ha sido fatal para nosotros. La desgracia que ha reducido á mi padre al estado de miseria en que se halla, y la desaparicion de Victor, datan casi desde un mismo dia.... Tu hermano estaba muy triste la última vez que le vi.

—Si, no es extraño, participaba de la ambicion del siglo, tenia una sed ardiente de goces dispendiosos, de la vida loca de nuestra juventud dorada; le gustaba mas el placer que el deber.

—¿Desgraciado! Habrá cedido á su desesperacion.

—No lo creo. Son muchos los que dicen: «me voy á matar» pero pocos los que lo verifican. Mas bien habrá ido á buscar fortuna fuera de España. Tal vez haya sentado plaza de soldado.

—Hazle un poco de mas justicia, dijo Maria.

—Pero en nombre del cielo, prima mia, retírate á acostar que son mucho mas de las doce; ya sabes que á mí me toca velar esta noche.

La jóven recogió su labor; entró primeramente en la alcoba y observó que su padre dormia; volvió luego al sitio donde estaba Eugenio, le apretó la mano y se ausentó en seguida de aquella estancia.

(Se concluirá.)

## CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

### EL REY ARABE Y EL POETA.

#### ANECDOTA ORIENTAL.

En cierta ocasion habia un rey árabe que tenia una memoria tan extraordinaria, que le bastaba oír recitar una sola vez una oda, y por mucha que fuese su estension, al instante la aprendia, en términos que podia tambien recitarla como su mismo autor. Tenia á su servicio dos personas

dotadas de esta misma facultad, pero en un grado menos. Una anciana natural de Marruecos, que podia recitar un trozo de versos sin titubear, con tal que le hubiese oído dos veces, y una de sus mas hermosas esclavas podia repetirle si le habia escuchado tres veces.

Quando se presentaba un poeta en el palacio, y pedia ofrecer al trono sus respetos y homenajes y dar una prueba de su arte y habilidad, el rey tenia la costumbre de prometerle,



que si hallaba que sus versos eran una composicion enteramente nueva y original, le recompensaria dándole una pieza de oro igual al peso del manuscrito.

El poeta, seguro de no deber sus poesias á nadie, las declamaba lleno de confianza y satisfaccion, pero apenas habia concluido, el rey le decia:

—Eso no es una cosa nueva: hace muchos años que yo conozco lo que acabas de recitarme; esa pieza me la sé de memoria.

Y la repetia palabra por palabra, con

gran sorpresa del poeta, y añadia:

—Esta anciana de Marruecos, la conoce tambien, y va á repetirla ahora mismo.

La anciana de Marruecos que la habia oido recitar dos veces, una vez por el poeta y otra por el rey, la repetia con la misma perfeccion.

—Tengo tambien una esclava, proseguia el rey, que debe saberla lo mismo que nosotros.

Se hacia comparecer á la esclava, que habia estado oculta detras de un cortinaje, y habiendo oido al poeta, al



rey y á la anciana recitar la poesia, la repetia como si la hubiese aprendido desde su infancia.

El poeta quedaba confundido, no acertando á comprender cómo otras personas sabian sus versos como él mismo, y se creia victima de algun espíritu maligno; pero al fin, no teniendo nada que oponer en contra, se veia obligado á retirarse con las manos vacias.

Un famoso poeta, El-Asmaél, lastimado del infortunio de sus compañeros, sospechó el ardid del rey; resolvió sufrir la prueba, pero al mismo

tiempo se lisongeó con la idea de salir vencedor.

Compuso una oda, en la que sin sacrificar los pensamientos, hizo que entrasen en ella, con grande paciencia y erudicion, las palabras poeticas de la lengua árabe mas difíciles de pronunciar y retener. En seguida se vistió á manera de estrangero y se cubrió el rostro, á escepcion de los ojos; con un *litham* (pedazo de paño), segun la costumbre de los árabes del desierto. De este modo disfrazado se presentó en el palacio del rey y pidió que le condujesen á su presencia.



El rey estaba en su aposento dejándose recortar la barba por su esclava, cuando vino la anciana á anunciarle la persona que le esperaba. El rey pasó á ver el supuesto extranjero, que al mirarle en su presencia, le dijo:

—¡Oh, hermano de los árabes; ¿de dónde vienes, y qué deseas de mí?

El poeta respondió:

—Dios acreciente y favorezca el poder del rey. Soy un poeta de la tribu de.... y he compuesto una oda en honor de nuestro sultan.

—Oh, hermano de los árabes, respondió el rey, ¿sabes á qué condicion puedes obtener la recompensa?

—Lo ignoro, dijo el poeta. ¿Cuál es la condicion, poderoso señor?

—Si la oda que vas á recitarme no ha sido compuesta por tí, no esperes de mí ningún premio; pero si es nueva, es decir, si eres tú el verdadero autor de ella, te daré tanto oro como pese el manuscrito al cual has confiado tus inspiraciones.

—¿Como tendria yo el atrevimiento, exclamó El-Asmaél, de suponerme autor de versos que no hubiera compuesto? ¿Ignoro yo por ventura, que mentir en la presencia de un rey es una de las acciones mas viles que pueden cometerse? Mis versos son míos, y me someto sin ninguna especie de temor á las condiciones que tengais á bien imponerme, ¡oh! el mejor de los reyes.

El poeta recitó su oda; el rey turbado, y viéndose incapaz de retener un solo verso, hizo una seña á la anciana de Marruecos; pero esta tampoco habia podido retener una sola palabra: hizo comparecer á la esclava, la que se hallaba menos que los otros en estado de representar su papel.

—¡Oh! hermano de los árabes, dijo el rey; tú has dicho verdad: la oda indudablemente es tuya; es la primera vez que la oigo. Presenta, pues, tu manuscrito, á fin de darte la recompensa prometida.... entrégalo y lo pesaremos.

—Mandad, respondió el poeta, á dos de vuestros servidores para que me ayuden á traerle á los pies de vuestro trono.

—¿Pues qué es necesario traer? exclamó el rey admirado. El manuscrito ¿no es de papiros? ¿No le traes contigo?

—No, sultan y el mejor de los reyes. Soy un pobre: cuando compuse esta oda no tenia papiros; y me vi precisado á estamparla en un trozo de columna que mi padre me dejó en herencia. Este pedazo de mármol está sobre mi camello á la puerta del palacio.

El rey cayó en su propio lazo, el trozo de columna doblaba con su enorme peso el lomo del pobre camello; para sostener el rey su promesa, le fué preciso agotar su tesoro; mas esta leccion no la echó en saco roto, como vulgarmente se dice; en adelante renunció á echar mano de un ardid tan poco digno de él contra los poetas, á los cuales recompensó, segun su mérito, con la generosidad que conviene á la riqueza y el poder de un soberano.

## RECUERDOS DE UN COSACO.

Un viagero francés que recorría últimamente los *steppes* (1), entre el mar Caspio y el mar Negro, llevaba por guia á un viejo cosaco, cuya barba blanca y el rostro lleno de cicatrices, revelaban que habia tomado parte en algunas batallas; con efecto, tenia en su cara aquel sello de los caballeros asiáticos, que atravesando la Europa en seguimiento de la retaguardia francesa, llegaron á acampar en los sitios pintorescos de aquellos jardines.

—Hola, le dijo el viagero; ¿habeis visto muchos pueblos? Teniais un gran ejército; teniais muchos compañeros de armas. ¿Dónde está tanta gente como presentabais en los campos de batalla? ¿De cuáles os acordais con mas gusto?... ¿De los prusianos?

—¡Oh! no, dijo el viejo cosaco, moviendo la cabeza.

(1) Nombre que se da á las llanuras de Rusia.



—¿De vuestros compatriotas, los soldados rusos?

—No, no....

—Entonces os acordareis de los austriacos.

—Los quiero menos que a los turcos.

—¿Entonces de quien os acordais mas? insistió el viagero.

—¡Ah! exclamó el cosaco; de los húsares franceses: jamás los olvidaré.... Cuando estábamos en Alemania, en las avanzadas, por la mañana temprano, hacia un frío tan grande.... Los



húsares llegaban á donde estábamos nosotros al salir el sol. «Hola, cosacos, venid por aquí,» nos decían, y nos daban un trago de aguardiente. En seguida volvíamos á nuestros puestos, y al cuarto de hora sonaba el clarín y comenzábamos á tirotearnos.

Este recuerdo honra el carácter del

viejo cosaco, y no me admira verle religiosamente encerrado en su corazón, errante ahora, tan lejos de Francia y de sus húsares, en la soledad salvaje de la *steppe*. He aquí la guerra tal como la sienten los soldados civilizados, y en nuestra última guerra civil se citan muchos de estos egem-



plos entre los partidarios de don Carlos y los soldados de la reina. Nada de ferocidad, ningún odio ciego contra los individuos, único sosten del valor de los bárbaros.

Defender, sostener el honor de un partido, es á lo que se limita toda la pasión de un soldado de nuestro siglo; de este modo permanece digno y elevado, sin que nada le oscurezca ni le deshonre. Se combate al enemigo por que está enfrente, por que se opone, por que amenaza y por que es menester que al fin se decida la suerte de la guerra, y no se olvida por eso que el enemigo es hombre á quien no debemos aborrecer á un punto tan estremado. Se aborrece la bandera contraria por que se ve, por que señala la hostilidad; no se aborrece á la persona porque no se la conoce y por que en el fondo el sentimiento de la fraternidad subsiste secretamente en los corazones generosos hasta en medio de la desolación y el exterminio. ¡Cuántos ejemplos no hemos visto en nuestra última campaña de heridos que han pasado al poder de las filas contrarias y que han llegado á ser amigos al mismo tiempo que desarmados!

De este género de anécdotas, se encuentran tambien muchos ejemplos en nuestro romancero y en muchos pasajes históricos de nuestras largas luchas contra los moros. La edad media, en fin, es un manantial inagotable de estos rasgos generosos y caballerescos.

## EL SOL Y EL VAPOR.

FÁBULA.

Yo vi en una calorosa tarde del estío descender al sol lentamente por detras de una colina situada en la parte occidental; pero observó este resplandiente planeta, que un espeso é insalutífero vapor se extendía impunemente sobre la sana superficie de un rondo valle. Al instante los arbus-

tos y las lozanas flores plegaron sus hojas y aparecieron casi marchitas al contacto de este detestable enemigo.

—Cómo has escogido, dijo el dios del día, la hora de mi partida para esparcir tu pestilencial influencia y para infestar las bellezas de la creación; pero poco tiempo te concedo para que goces el notable triunfo de tu malignidad; yo volveré con la mañana y repararé tu daño arrebatando tu existencia.

Aprenda en ti el calumniador á conocer el efecto de la mentira y á temer la vuelta de la verdad.

*Traducida del inglés.*

## VARIEDADES DE LA BARBA.

La historia de las extravagancias de la especie humana, es fecunda en hechos, y por una inconsecuencia inexplicable, aquellos al parecer mas indiferentes, producen á veces acontecimientos de la mayor importancia.

El uso de la barba ha ocupado en otros tiempos la atención de los filósofos, de los legisladores, de los principes y de los magnates, y ha probado su influjo de una manera ridicula unas veces y otras funesta, á la paz pública, á las instituciones y aun á las creencias.

El objeto de este artículo, es bosquejar rápidamente las principales vicisitudes que ha tenido el uso de la barba en los tiempos antiguos y modernos, separando nuestra vista de las guerras sangrientas que ha suscitado y de las disputas lastimosas á que ha dado lugar en los siglos medios, como punto de disciplina y como materia de controversia. Tiempo es ya de que este funesto legado de nuestros mayores quede en el olvido para siempre.

La barba ha sido considerada en algunos pueblos antiguos como signo de virilidad y sabiduría. Por esto se representaban con ella los dioses, los héroes y los filósofos.

En Grecia fué general el uso de la barba hasta el tiempo de Alejandro, el



cual, según Plutarco, mandó á los macedonios, cortarla y tambien el cabello, para que el enemigo no pudiera apoderarse de ellos por este medio.

Los filósofos la consideraron con grande aprecio, y los de la secta cinica especialmente, toleraban toda clase de insultos, menos los que se dirigian contra su barba.

Esta opinion estaba muy estendida en varios pueblos del Oriente. David (Reg. 2, cap. X) declaró la guerra y venció á los ammonitas por haber mandado Hanon su señor, raser la mitad de la barba á los embajadores del rey profeta. Esta accion fué considerada como la mayor de todas las afrentas. (1).

Después del tiempo de Alejandro continuaron los griegos afeitándose hasta Justiniano. Este emperador estableció la moda de dejarla crecer, y siguió así hasta la toma de Constantinopla por los turcos.

En los años 434 de Roma, P. Tuis Mena, á su vuelta de Sicilia, trajo consigo barberos de esta isla. Scipion africano fué el primero que se sirvió de ellos, haciéndose afeitar la barba diariamente. Esta moda se generalizó bien pronto, pero se dejaba crecer como señal de luto ó afliccion en los sucesos infaustos. Por esto se ve á Augusto representado con barba en las medallas posteriores al año 711 de Roma, indicando así la pena de este emperador por la muerte de César.

Sin embargo de esta costumbre, no era permitido á los jóvenes el afeitarse hasta los 21 años cumplidos. El día de esta solemnidad se verificaba la ceremonia con una gran fiesta de familia. Una persona condecorada cortaba la barba, y depositada en una caja de oro ó de plata, según el rango, se daba en ofrenda á los dioses, ordinariamente á los penates. Esta persona tomaba entonces el título honroso de padrino. Adriano volvió á usar la barba, para

ocultar, según se dice, las cicatrices que tenía en el rostro, y su ejemplo fué seguido en todo el imperio.

Los godos y los francos usaron bigote y no barba. Clodoveo fué el primero que quiso espesar con ella su nueva condicion de patricio romano.

Así se estableció el uso de la barba en Francia hasta el siglo XII en que San Luis y sus sucesores dejaron de llevarla. Un acontecimiento extraño la volvió á la moda.

En una diversion á que asistió Francisco I en 1521, recibió una herida en la cara por un tizon encendido, que por casualidad arrojó uno de los concurrentes. El rey estuvo á punto de perder la vida y le resultaron unas cicatrices que le desfiguraban notablemente el rostro. Para ocultar esta deformidad, dejó crecer la barba; los cortesanos imitaron á su monarca, y llegó á ser moda, lo que en su origen no tuvo mas designio que el ocultar un defecto.

En España prevaleció el uso de la barba en casi todo el período de la edad media, sufriendo sin embargo diferentes modificaciones. Llegó á ser moda el variarla de color y el que fuese larga en demasia. Para corregir estos abusos se promulgó una ley en las cortes de Cataluña en tiempo de don Pedro, rey de Aragon (año 1351) prohibiendo el uso de las barbas poslizas.

En Inglaterra fué general por muchos siglos el uso de la barba, y era considerada como signo de dignidad y de respeto. Algunos hombres célebres por otra parte, llevaron su entusiasmo por ella hasta un punto que parece increíble. El historiador Hume refiere que al tener el desgraciado Tomás Morus su cabeza sobre el tajo, observó que su barba iba á ser alcanzada por el hacha, y suplicó al verdugo le permitiese separarla; «Mi barba, dijo, no ha hecho traicion alguna.» Otros ejemplos muy parecidos pudiéramos citar en confirmacion de nuestro aserto.

El lujo y la galanteria del siglo de Luis XIV, produjeron en la moda un cambio notable. El traje de la edad media, usado hasta entonces en Fran-

(1) Las locuciones tan comunes entre nosotros de *respetad esas barbas*, *esto no se hace en mis barbas* (á mi presencia) y otras semejantes, han podido venir de este origen.



cia, fué reemplazado por el nuevo de Italia y de otros países y la barba desapareció enteramente.

La barba de Júpiter Olímpico se representaba larga y ondulosa; la de Hércules corta y rizada; la de Priamo, Agamenon y otros héroes, marca bien las cualidades de cada uno segun los hechos de su historia. Este estudio en las medallas y bajos relieves de la antigüedad, que han llegado á nosotros, está confirmado por la experiencia diaria y esto se explica. El temperamento, la edad, el clima, etc., influyen en toda la economía, y por consiguiente en la barba. Los hombres biliosos, los que se hallan en la fuerza de los años, los que habitan países cálidos y secos, tienen la barba negra, dura y rizada, como los árabes, los etiopes y otros pueblos. Lo contrario se observa en los individuos que están bajo la influencia de causas opuestas; pero siempre imprime á la fisonomía un carácter de nobleza, que conserva el hombre hasta una edad muy avanzada.

Fuerza es que al terminar abandonemos, aunque con pena, el lenguaje serio de la historia, y digamos algo de lo que pasa en nuestra época. La barba es en el día el problema irresoluble del elegante; el golfo donde zozobran los petimetres; el nudo gordiano que ofusca á todos, y el *quid dicinim* que ninguno alcanza. Sigue la barba el rumbo de la moda en los trages, es decir, no sigue ninguno en este torbellino de variedades. Fluctuante el *fashionable* en este Océano de confusiones; sin brújula que á buen puerto lo conduzca; ignorando por lo comun las reglas de la belleza; poseedor omnívoro de sus pocas ó muchas barbas; desesperado de no acertar y como por un movimiento instintivo, corta y rae á su antojo, hasta encontrar aquella forma que mas le alaban. Unos aprovechando su frondosidad, la dejan tan luenga y ondulosa, que causaria envidia al mismo Agamenon; y por cierto que ésta se asocia muy mal con el corbatin, chorrera, chaleco vuelto, y frac con faldo de cuatro dedos. Otros, mas modestos, hacen de cada uno de sus carrillos, dos, dividiéndolos por

medio de una patilla, que si está larga y espesa, da un aire de fiereza, intimida á los niños y á las mugeres medrosas, y si corta parece un pedazo de zalea. Otros la llevan en forma de pin-cel, como la usaba Francisco I. Si tienen la cara redonda, les dice bien, si ovalada mal, si puntiaguda, pésimamente. No estamos nosotros por las caras raidas; gustarnos los atributos de la virilidad; pero en la anarquía que reina en los rostros contemporáneos, desearíamos se adoptase el uso de la barba que mas bien dice con nuestro trage y mas favorece generalmente al semblante, á saber, la barba corrida, y á menudo despuntada. Cada pobre, sin embargo, hara en su propiedad lo que mejor le parezca.

### LA INVENCIÓN DEL AJEDREZ.

Al principio del siglo quinto de la era cristiana, habia en las Indias un principe poderosísimo, cuyos dominios estaban situados á las orillas del Ganges; el cual habia tomado el fastuoso título de rey de las Indias. Su padre habia obligado á un gran número de soberanos á que le pagasen tributo y se sometiesen á su imperio. El jóven monarca se olvidó bien pronto de que los reyes deben ser padres de sus pueblos: que el amor de los vasallos á sus reyes es el único apoyo sólido del trono; que solo este amor debe unir verdaderamente los pueblos con el principe que los gobierna, y de quien hacen toda la fuerza y el poder, que un rey sin vasallos no tendrá mas que un título vano, ni logrará ventaja alguna sobre los demas hombres. Los brachmanes y rajales, esto es, ciertos filósofos y los grandes, representaron todas estas cosas al rey de las Indias; pero embriagado con la idea de su grandeza que contemplaba eterna, despreció sus sabias representaciones. Habiendo continuado estas y las quejas, se dió por ofendido, y para vengar su autoridad, que creyó despreciada por los que se atrevían á desaprob



su conducta, los hizo parecer entre tormentos. Este ejemplo atemorizó á todos los demas, y sellaron sus lábios. El príncipe, abandonado á sí mismo, y lo que era aun mas peligroso para él, y mas terrible para sus pueblos, entregado á los perniciosos consejos de los lisongeros y aduladores, de que estaba inundada su corte, se dejó llevar hasta los últimos excesos de la depravacion.

Entonces un brachman, llamado Sisa, hijo de *Daher*, conmovido de las tristes desgracias de su patria, intentó hacer al príncipe abrir los ojos á los funestos efectos que iba á producir con su conducta; pero enseñado por el ejemplo de los que le habian precedido, conoció que su leccion no seria útil, sino tomándola el príncipe por sí propio sin advertir que la recibia de otro. Con este objeto inventó el juego del ajedrez, en que el rey, aunque es la principal de las piezas, no puede atacar, ni aun defenderse de sus enemigos sin el auxilio de sus vasallos, y de sus soldados. El nuevo juego se hizo célebre muy pronto: el rey oyó hablar de él y quiso aprenderlo. El brachman Sisa fué escogido para enseñárselo, y con el pretexto de explicarle las reglas y de manifestarle con qué arte era preciso emplear las otras piezas en defensa del rey, le hizo ver y gustar de las verdades que habia rehusado oír hasta entonces. El príncipe, nacido con un espíritu y sentimiento virtuoso, que las máximas de los cortesanos no habian podido sofocar enteramente, se

aplicó estas lecciones del filósofo; y comprendiendo que el amor de los pueblos á su rey hace toda su fuerza, mudó de conducta, y así previno las desgracias que le amenazaban. Luego sensible y reconocido, dejó al brachman la eleccion de la recompensa: este pidió que se le diese los granos de trigo que sumase el número de casas del tablero, en esta forma: uno por la primera, dos por la segunda, cuatro por la tercera; duplicando así por las demás hasta las 64. Admirado el rey de la cortedad aparente de la peticion, se la concedió al instante y sin examen, pero habiéndola calculado sus tesoreros, hallaron que el monarca se habia obligado á una cosa para cuya satisfaccion no bastaban todos sus tesoros ni sus vastos estados. En efecto vieron que la suma de los granos debia valuar en 16,384 ciudades de las cuales cada una tuviese 1,024 graneros, que en cada uno de ellos hubiese 174,762 medidas, y en cada una de estas 32,768 granos. El filósofo entonces se valió de la ocasion para hacer ver al príncipe, cuánto importa á los reyes pararse á reflexionar bien lo que se les pide; contener sus liberalidades en un justo medio; y no atreverse á ofrecer ni á dar con exceso en perjuicio de la universal comodidad de sus vasallos; pues el soberano era en realidad un padre de familia, el cual no podia enriquecer á un hijo sin empobrecer ó desfaltar á los otros. He aquí el origen de la invencion del ajedrez, y los interesantes documentos de Sisa al inconsiderado rey de las Indias.

## HISTORIA NATURAL.

### EL CABALLO.

He aquí lo que de este animal dice el célebre naturalista Buffon. «Nunca ha hecho el hombre conquista mas noble que la de este fiero y fogoso ani-

mal, que parte con él las fatigas de la guerra y la palma de los combates, que tan intrépido como su dueño, vé el peligro y le arrostra; se acostumbra al estruendo de las armas, y se complace en él, le busca y se anima con el mismo ardor que el ginete; que participa de sus placeres brillando, y



centelleando, ya en la caza, y ya en la carrera ó el torneo; pero que tan dócil como esforzado, no se deja llevar de su aliento, sabe reprimir sus movimientos, y no solo obedece á la mano del que le guía, sino que parece consulta sus deseos: que obedeciendo siempre á las impresiones que recibe de la misma mano, se precipita, modera ó detiene, y no obra sino para dar gusto: criatura que renuncia su propio ser, abandonándose á la volun-

tad ajena, adelantándose á ella y poniéndola en práctica con la prontitud de sus movimientos: que resiste cuanto desea, y no practica sino lo que se quiere; y que entregándose sin reserva, nada rehusa, sirve con todas sus fuerzas, se fatiga y aun muere por obedecer mejor.»

La indole de estos animales no es feroz, y solo se les nota que son orgullosos y bravos. Algunos autores antiguos hablan de los caballos silvestres,



señalando los parages en que se encontraban, como Herodoto, que asegura se hallan en las riberas del Hyparis, en Scitia, y en la parte septentrional de la Tracia.

Como todas las partes de Europa se hallan en el dia pobladas y casi igualmente habitadas, no se encuentran ya en ellas caballos silvestres, y los que se ven en América son caballos domésticos, de origen europeo, que los españoles trasportaron á aquellos países y se han multiplicado en los vastos desiertos de aquellas regiones incultas, pues el Nuevo Mundo carecia de esta especie de animales.

Estos animales son naturalmente de indole suave y propensos á familiari-

zarse con el hombre: los habitos de los caballos proceden casi enteramente de su educacion, la cual supone cuidados y afanes que el hombre no toma por ningun otro animal, pero de que se halla recompensado por los servicios continuos que éste le hace.

Añadiremos para concluir, que los caballos árabes son los mas hermosos que se conocen en Europa, y tambien los mayores: mas corpulentos que los caballos bárbaros, y no menos bien formados; pero como son muy pocos los de esta raza que vienen á España, no tienen los picadores observaciones individuales de sus perfecciones ni de sus defectos.